

VARA DIVINATORIA Y ZAHORÍES.

§ I.

El uso de la vara divinatoria parece ser invención reciente, porque sólo en autores muy modernos se halla noticia de ella. El padre Lebrun, presbítero del Oratorio, en su *Historia crítica de las prácticas supersticiosas*, dice, que los primeros que intentaron descubrir, con el uso de una vara, aguas y metales subterráneos, fueron un caballero llamado el baron de Bello Sol, y su mujer madama de Berteró, que vinieron de Hungría á Francia el año de 1636, con el título de buscar minas en aquel reino; y parece que quien hacia el primer papel era la madama, de la cual el padre Lebrun dice, que era una gran enredadora, y que escribió un libro sobre esta materia, dedicándose al cardenal de Richelieu, con el título de *La restitucion de Pluton*. En él señalaba las minas que habia descubierto en Francia; pero parece que ni el Rey ni el Ministerio hicieron caso de aquellas noticias.

Los que se complacen en derivar todas las prácticas supersticiosas de la antigüedad para mostrar su erudición, puede ser hallen el modelo de la vara divinatoria en el caduceo de Mercurio, en el cetro de Minerva, en la vara de Circe; pero sin razon, porque el uso de aquellos instrumentos era muy diferente del que ahora tiene la vara divinatoria. Con más verosimilitud (atendiendo precisamente á la letra del texto) se podría creer indicada esta vara en aquellas palabras de Oseas: *Populus meus in ligno suo interrogavit, et baculus ejus annuntiavit ei* (capítulo IV): «Mi pueblo preguntó á su báculo, y su báculo le respondió.» Sin embargo, la superstición de los hebreos, de que Dios se queja en este lugar, segun la interpretación que le dan los expositores, no tenía que ver con la práctica de que tratamos, aunque así aquella como esta se ejercitase en un báculo, y una y otra tuviesen por fin la revelacion de alguna cosa oculta.

Digamos ya qué cosa es la vara divinatoria, cómo y á qué fin se usa de ella. Es esta un báculo de avellano, dividido por la parte superior en dos astas, en forma de borquilla ó Y griega. Sirvense de él para descubrir las minas de los metales, los tesoros escondidos debajo de tierra y tambien los cauces de agua. El uso es el siguiente: toma un hombre con las dos manos las dos astas del báculo, y caminando de este modo con él, va tentando todo el terreno que quiere examinar. Dicese que en llegando á algun sitio donde hay ó mina ó cualquier metal sepultado ó cauce de agua, las dos astas del báculo padecen una contorsion violenta, que es índice de que allí está lo que se busca.

§ II.

Entre los autores que tocan esta materia, unos niegan el hecho, otros le afirman, y otros dudan. Los que

admiten como verdadero el fenómeno, se dividen en cuanto á la asignacion de la causa, queriendo unos señalarle causa física y otros atribuirle á pacto diabólico. A la verdad, segun la rancia filosofía de simpatías y antipatías, es fácil hallar causa natural á este, y aun á más admirables fenómenos, porque, de cualquiera modo que se mueva un cuerpo en la presencia de otro, con decir que se mueve por simpatía ó por antipatía, está compuesto todo.

En la filosofía corpuscular no es tan fácil la explicacion. Sin embargo, como los filósofos modernos tuvieron la valentía de reducir á puro mecanismo las admirables propiedades del iman, no desconfiaron de hallar por el mismo camino la causa del movimiento de la vara divinatoria, que al parecer, es menor empresa. Dicen, pues, que los hálitos ó efluvios de corpúsculos que despiden hácia arriba los metales y aguas subterráneas, penetrando por los poros de la vara ó impeliendo sus fibras, la fuerzan á aquel género de movimiento.

Es cierto que no hay sistema alguno filosófico á quien sus sectarios no tengan por una botica universal, donde hay remedios para curar todas las dudas; y así, cualquiera consulta que se les haga, se encuentra en ellos pronta la receta. Unos, á lo galénico, aplican las cualidades elementales; otros, que son curadores por ensalmo, las ocultas; otros recetan por escrúpulos los átomos; otros á buen ojo, y sin determinar la dosis, porque no tiene peso, la materia sutil. Pero me temo mucho que todos nos dan *quid pro quo*, esto es, la opinion en vez de la verdad, y todas las curas que hacen de las ignorancias de los hombres son puramente paliativas. Lo que no tiene duda es, que apenas se encuentra explicacion de algun fenómeno, ni en este ni aquel sistema, en quien no se vea que son más fuertes las objeciones que padece que las pruebas que exhibe.

Fácil es aplicar y comprobar la aplicacion de esta máxima general á la materia presente; porque suponiendo que los efluvios metálicos tengan el ímpetu que es menester para forzar las fibras de un leño, dándoles otra direccion, ¿quién no ve que no hay razon para que esto lo hagan sólo con un báculo de avellano, y no con el de otro algun árbol? Pues, ó ya esto se atribuya á la flexibilidad de las fibras, ya á la estrechez, ó por el contrario (porque uno y otro puede decirse), á la laxidad de los conductos, es claro que otros árboles igualan y exceden al avellano en cualquiera de estas cosas. Fuera de que, siendo los efluvios de diferentes metales entre sí, y la copia de ellos mayor ó menor en distintas mineras de un mismo metal, estas dos diferencias los proporcionarán para hacer aquella impresion en leños de textura diferente.

Sé que algunos dicen que tambien se logra el suceso con la vara de sauce y de otro tal cual árbol; pero,

sobre que esto acaso se inventó para ocurrir á la réplica, pregunto más: ¿por qué la vara no se mueve sobre las corrientes de agua descubiertas, ni sobre los metales que están á la vista ó metidos en una arca? ¿Por ventura las aguas y los metales que están sobre la superficie de la tierra no tienen efluvios y simpatías?

A la verdad, estos argumentos, aunque prueban que aquel modo de filosofar no es bueno, no infieren que lo que se dice del movimiento de la vara divinatoria sea falso, pues bien podría ser verdadero el fenómeno, aunque errasen los filósofos en la asignacion de su causa física. Así, no es esto lo que me determina á condenar por fabulosa esta invencion, si el ver que no está apoyada por alguna bien justificada experiencia; antes, si en esta materia hay alguna experiencia bien justificada, da testimonio contra lo que se dice de la vara divinatoria.

§ III.

Quien más puso en crédito este embeleco, ó acaso el único que le puso en crédito, fué un paisano del Delfinado, llamado Jacobo Aimar, hombre basto, y al parecer sencillo. Fué tanto lo que se dijo de este hombre, que voló en breve su fama, no sólo por toda la Francia, mas por Italia, Flándes, Inglaterra y Alemania. Era voz comun que no sólo descubria los metales ó cauces de agua escondidos, mas apenas habia cosa oculta que con la vara no hiciese manifesta. Si se habian oscurecido los términos de algun territorio, por haberse trasladado á otra parte los mojones, señalaba con la vara sus antiguos límites. Si se habia cometido algun hurto ó homicidio, cuyos autores se ignoraban, la vara con su movimiento le dirigia adonde estaban, y descubria. Contábase como hecho de notoriedad pública que en Leon de Francia, despues de haber hecho inútilmente varias pesquisas la justicia para averiguar el autor de un asesinato, se recurrió á Jacobo Aimar, quien descubrió donde estaba escondido el agresor, y siendo este aprehendido, confesó el delito y fué ahorcado. Asimismo se decia, y aun se imprimió en el *Mercurio histórico*, que en Orange se valieron de él para descubrir quién era el padre de un niño expósito, y lo logró felizmente, siguiendo desde el sitio donde estaba el niño el camino que la vara le señalaba con su movimiento. A este modo se referian otras cosas.

Siendo las adivinaciones de Jacobo Aimar tan autorizadas con la voz pública, pocos osaban contradecirlas, y éstos, como hombres de obstinada incredulidad, eran rebatidos con desprecio. Entre los que les daban asenso, los más, esto es, los vulgares, no se metian en el exámen de la causa; creian buenamente, como sucede siempre, lo que oian, sin pasar adelante. Los muy picados de filosofía para todo hallaban causa natural en los efluvios de los cuerpos, de cuya investigacion se trataba; y éstos me parecen los menos razonables de todos, pues por mucho que se extiende la física, es claro que están fuera de su alcance los prodigios referidos. En fin, otros ó lo atribuian á pacto diabólico ó á milagro; y aquel rústico parece que queria se creyese esto último, porque, sobre mostrarse en todo su exte-

rior muy devoto, decia, que si no hubiese conservado con gran cuidado intacta su virginidad, no pudiera descubrir nada con la vara.

Hallándose las cosas en este estado, aquel famoso héroe que tuvo la Francia en el pasado siglo, y á quien con tanta justicia dió el renombre de Grande, Luis de Borbon, príncipe de Condé, hombre de superiores talentos y de ninguna deferencia á los rumores populares, quiso examinar por sí mismo la materia. Para este efecto hizo venir de Leon de Francia á Paris á Jacobo Aimar, donde haciéndose con él varios experimentos, en ninguno correspondió el suceso. En algunas partes escondieron debajo de tierra, de orden del príncipe de Condé, cantidades considerables de moneda de varias especies, y tanteando Aimar con la vara los sitios donde estaban, en ninguno de ellos atinó con el metal oculto. Uno de aquellos dias que estuvo Aimar en Paris se cometió un homicidio; lleváronle de noche al sitio donde estaba el cadáver escondido; pero la vara no hizo algun movimiento. Condujéronle despues por el camino por donde habia huido el homicida, hasta la casa donde se habia refugiado, estando siempre inmóvil la vara á todas estas pruebas. En fin, apretado el hombrecillo por el príncipe de Condé, le confesó que cuanto se habia dicho de él era impostura, en que habia tenido ménos parte su sagacidad propia que la credulidad ajena. Ya queria alguno de los magistrados de Paris cogerle y hacerle causa para enviarle á galeras; pero el de Condé, por haberle traído debajo de la fe de su palabra, le hizo escapar, dándole treinta doblones para el camino. Así este hombre, que, contra la regla comun, era profeta en su tierra, no pudo serlo en la ajena.

§ IV.

Disputóse entre los que habian asistido al exámen de Aimar, si convenia hacer manifesta al público la impostura, ó dejarle en la creencia en que estaba. Muchos se inclinaban á esta segunda parte, sobre el fundamento de que se excusarian muchos delitos, reinando la persuasion de que la vara era medio infalible para descubrir los delincuentes. Prevaleció, no obstante, la sentencia opuesta, esforzándola mucho el príncipe de Condé, quien hizo que en el *Diario de los sabios de Paris* se estampase el hecho; y fuera de esto, monsieur Buisiere, boticario del mismo príncipe, de orden de su alteza dió al público escrito particular sobre la materia, que cita Pedro Baile, en su *Diccionario crítico*, verbo *Abaris*, juntamente con una carta al asunto, escrita por Buisiere al mismo Baile.

Este proceder fué tan justo, como el fundamento de la sentencia opuesta vano. Lo primero, porque todo embuste se debe perseguir á sangre y fuego. Dios quiere que siempre reine la verdad, aun cuando por accidente haya de resultar alguna utilidad de la mentira. Lo segundo, porque, ó la justicia habia de usar de la vara en la pesquisa de los malhechores, ó no. Si lo segundo, ¿de qué servia dejar al público en su engaño, sabiendo los facinerosos que no habian de ser descubiertos por ese medio? Si lo primero, se seguiria un inconveniente gravísimo; esto es, que pasarian por

culpados infinitos inocentes; pues suponiendo que Aimar, ó cualquier otro embustero que manejase la vara, no podía descubrir con ella el delincuente verdadero, señalaría por tal á otro que no lo fuese. Con que véase aquí al malhechor puesto en seguro, y al inocente en el riesgo.

¡Oh, cuántos errores populares hay, que, á semejanza de este, en la superficie son inocentes, y en el fondo traen consecuencias perniciosísimas. Clamen contra mí cuanto quisieren, que no se debe sacar de sus preocupaciones al vulgo. Yo nunca seguiré el partido de aquellos, que neutrales entre la verdad y la mentira, igualmente dan pasaporte á una y otra. Pretéxase la conveniencia, y es, que por estar más distante, no se advierte el daño.

§ V.

He propuesto con alguna extension la historia de Jacobo Aimar, por ser este un ejemplar eficazísimo para retraernos de dar asenso á los rumores populares. Ninguna fábula se vió más bien establecida en la voz comun, y con todo, se vió al fin que era fábula. Hervían en Francia las atestigüaciones de los prodigios de este hombre. Unos decían, «yo lo vi;» otros, «yo lo oí á tales y tales personas fidedignas, que lo vieron.» Otros exhibían testimonios por escrito. ¿Y qué se halló, llegando á la prueba? No más que un engañador astuto, debajo del velo de un rústico simple. Así le caracteriza monsieur Buisiere, de quien se habló arriba.

En este ejemplar se ve también cuánto crecen las mentiras puestas en manos del pueblo, y cuánto son creídas, aunque crezcan á una estatura monstruosa. Al principio nadie atribuía á la vara de avellano otra virtud que la de descubrir metales y fuentes. Despues se extendió á manifestar los términos de los campos y los autores de homicidios, robos y otros delitos. Finalmente, ya no había cosa oculta que no creyesen los vulgares podía ser revelada por medio de la vara divinatória. Monsieur Buisiere dice, que cuando Aimar entró en París, uno llegó á preguntarle si el verdadero cuerpo de un santo era el que se veneraba en tal iglesia; que otros le mostraban las reliquias que tenían, para que los desengañase si eran verdaderas. Que él mismo conoció á un oficial mentecato, que le dió dos escudos por que le dijese si una mujer, con quien trataba de casarse, era doncella.

§ VI.

Conozco que muchos hallarán notable dificultad en que un rústico pudiese engañar á un pueblo como el de Francia, que ciertamente nada tiene de bárbaro. Para cuya satisfacción diré que no hay pueblo alguno en el mundo en quien el número de hombres veraces y de juicio sano no sea cortísimo. La multitud se compone por la mayor parte de los que son, ó mentirosos, ó muy crédulos. Con que, siendo grande el partido que da aire á las fábulas, y corto el que las resiste, no se debe extrañar que en cualquiera provincia tome vuelo la más enorme patraña. El rústico era un grande hipócrita y muy ladino. Todos los días oía misa, rezaba mucho y comulgaba con frecuencia. A tales hombres

suele creer el vulgo, áun contra su propia experiencia. No quería salir de día á parte alguna, porque decía que le matarían los ladrones y otros malhechores, porque no los descubriese. Este era el pretexto para hacer sus experiencias de noche, cuando las sombras favorecen todo género de engaños. Monsieur Buisiere añade, que había una multitud de hombres, que interesándose, de concierto con Aimar, en los presentes que recibía, procuraban con arte adquirir noticias, y occultamente se las ministraban; y es de creer, que por esta vía supiese quién era y á dónde estaba el autor del asesinato de Leon, si ya esta no fué especie supuesta. Observaba con cuidado las señas del terreno, y donde, ó por ellas, ó por el aviso que le había dado algun confidente, creía que estaba escondido lo que buscaba; jugaba con arte la muñeca para mover la vara, de modo que parecía que no era él quien la movía, sino otra causa oculta. Entre las experiencias que se hicieron en París, una fué esconder un costal de piedras debajo de tierra, dejando algo removido el terreno en la superficie; y no habiendo tenido la vara movimiento alguno donde estaban los metales, se movió donde estaban las piedras. Sin duda observó el terreno movido y allí impelió la vara, creyendo se había escondido en aquella parte alguna porción de menada ó vajilla de oro ó plata. En fin, cuando eran visibles los yerros, así él como otros que estaban preocupados lo atribuían á que faltaban entónces algunas disposiciones, sin las cuales la vara no hacía su efecto. Y áun hoy hay en las provincias extranjeras algunos, que á la sombra de esta trampa quieren mantener la vara divinatória, contra innumerables experiencias, que prueban la impostura.

Ciertamente no son menester tantas y tales circunstancias como las expresadas para engañar á un pueblo y mantenerle en el engaño; es muy corto el impulso de que necesita el vulgo para ser movido hácia el error. Un pueblo grande es como aquellas grandes máquinas, á quienes, por la disposición que tienen, pequeña fuerza da mucho movimiento. Conozco un médico sumamente infeliz en pronosticar el progreso y éxito de las enfermedades. Es rarísima la vez que acierta; con todo, en el comun del pueblo es oído como oráculo. En vano se le representan las experiencias contrarias. Milagros hace en esta facultad un poco de maña y osadía; pero son milagros al reves de los de Cristo, porque ciegan á los que tienen vista, en vez de dar vista á los ciegos.

Por conclusion digo, que si alguno, usando de la vara divinatória, logrará los aciertos que le atribuyen sus partidarios, se debe hacer juicio que interviene pacto diabólico explícito ó implícito. Este es el sentir del doctísimo dominicano Natal Alejandro, en el primer apéndice del segundo tomo de su *Teología moral*, epístola 56, donde trata dignamente esta materia como filósofo y como teólogo, y refiere parte de lo que hemos dicho arriba de Jacobo Aimar, á quien el padre Natal fué contemporáneo.

§ VII.

La fábula de los que llamamos zahoríes está en primer grado de parentesco con la de la vara divinatória. Entrambas miran á lisonjear la codicia, pretendiendo

descubrir las minas y tesoros que cubre la tierra. Dase el nombre de zahoríes á una especie de hombres, de quienes se dice que con la perspicacia de su vista penetran los cuerpos opacos, haciéndose de este modo patente cuanto á algunas brazas debajo de la tierra está oculto. Este es embuste endémico de España (pues en los autores extranjeros no se halla noticia de semejante gente, ó si alguno los nombra, es con la circunstancia de adscribirlos á nuestra nación, citando nuestros propios autores), y acaso le hemos heredado de los moros, pues la voz *zahorí* parece arábica (1).

No se puede decir que esta virtud sea natural ni sobrenatural; consiguientemente, se debe condenar como fingida ó como supersticiosa. No natural, porque ningun cuerpo opaco se puede ver naturalmente, sino segun la superficie donde hace reflexion la luz; y es claro que pues la luz no penetra á la profundidad de los cuerpos opacos, no puede hacer reflexion en ella. En atencion á esto, hemos declarado (en el segundo tomo, discurso segundo) fabuloso lo que se dice de la penetrante vista del lince, y ahora comprehendémos debajo de la misma regla á aquel hijo de Afareo, rey de los mesenios, á quien varios autores de la antigüedad atribuyeron la misma excelencia de la vista del lince, dándole consiguientemente el nombre de Linceo, porque decían que penetraba, con la perspicacia de sus ojos, troncos y peñascos; mentira que Apolonio, en el poema de los *Argonautas*, aumenta enormemente, refiriendo que sondeaba con la vista la profundidad de la tierra, hasta ver todo lo que pasaba en el infierno. Ni pienso que se debe dar más fe á lo que Varron, Valerio Máximo y otros cuentan de aquel hombre, llamado Estrabon, que en la primera guerra púnica, desde el promontorio Lilibeo (en Sicilia), veía y contaba las naves que salían del puerto de Cartago, habiendo la distancia de ciento y treinta millas. Es claro que estando el aire por donde se dirige horizontalmente nuestra vista lleno de vapores y de innumerables corpúsculos, los cuales tienen algo de opacidad, los que se juntan en tan dilatado espacio son tantos, que impiden el tránsito á la vista tanto como el cuerpo más opaco. Y áun cuando el aire atmosférico fuese perfectamente diáfano, resta la dificultad de que las naves, puestas á la distancia de ciento y treinta millas, forman en el centro de la retina un ángulo tan extremamente agudo, que, por consiguiente, es insensible la imagen é inepta para la vision, como saben los versados en la óptica.

Tampoco puede decirse que la virtud de los zahoríes sea sobrenatural. Lo primero, porque no es creible que tenga á Dios por autor especial una virtud cuyo uso sólo sirve á la codicia. No se oye decir que los zaho-

ries desentierren tesoros para socorrer á pobres ó para hacer guerra á infieles; si sólo que andan buscando hombres avarientos, á quienes brindan con la esperanza de aumentar sus riquezas, para que, revolviendo montes, descubran los sitios que ellos señalan. Lo segundo, porque ni en la sagrada Escritura ni en la historia eclesiástica leemos que Dios haya concedido esta virtud, por modo de hábito permanente, á alguno de tantos siervos ilustres como ha tenido, y con quienes se ostentó tan benéfico. ¿Cómo es creible que negándola á todos sus más íntimos amigos, la reserve para unos hombres nada sobresalientes en mérito? Lo tercero, porque las gracias sobrenaturales no están vinculadas á nacion alguna, y los zahoríes sólo se dice que los hay en España.

El vulgo está en la simple aprehension de que Dios dispensa esta gracia á los que nacen el día de Viérnes Santo, sin advertir que habría infinitos zahoríes, porque son muchos los que nacen ese día. Algunos la limitan á la circunstancia de nacer en aquel tiempo preciso en que se está cantando la Pasion ese día. Pero áun de ese modo se sigue que habrá en todo el recinto de España de setecientos á ochocientos zahoríes; pues esta suma, poco más ó ménos, resulta, suponiendo que los hombres nazcan igualmente en todos los dias y horas del año, y que España tenga siete millones y medio de personas, que es la poblacion que le ajusta el señor don Jerónimo de Ustariz en su excelente libro de *Teórica y práctica de comercio y de marina*. Lo cual se entiende, como dicho autor se explica, incluyendo á Mallorca y excluyendo á Portugal; que si se incluye á Portugal, aunque se excluya á Mallorca, como se debe hacer para la cuenta de los zahoríes, áun sale mayor el número de estos. En consecuencia de este cómputo, no habría provincia en España que no tuviese cuatro ó cinco docenas de zahoríes. ¿Dónde están, que no los vemos?

Ni se puede decir que ocultan esta gracia los que la tienen; pues Dios, ni como autor natural, ni ménos como sobrenatural, concede virtudes para que no tengan uso ó ejercicio alguno. Aquellos á quienes dió la gracia de curacion, curaban; á quienes dió el dón de lenguas, las hablaban. Lo mismo de todas las demas gracias sobrenaturales.

Sólo, pues, resta decir, que esta virtud es supersticiosa, y los que la ejercitan tienen pacto expreso ó implícito con el demonio. A la verdad el ministerio de extraer el oro que está en las entrañas de la tierra, más acomodado es para atribuirle al influjo diabólico que á la existencia divina, porque la copia de aquel precioso metal, más fomenta el vicio que favorece la virtud.

Effodiuntur opes, irritamenta malorum.

estaba dentro de tierra hasta treinta ó cuarenta brazas de profundidad; mas por lo que mira al cuerpo humano, no le penetraba estando vestido; la ropa la impedía. Pero estando desnudo, todas las partes interiores registraba, los abscesos asimismo, ú otros cualesquiera vicios que hubiese, así en los humores como en las partes sólidas. Puede ser que esta fábula no naciese en Portugal, sino en Francia. Pero este autor no da fe á la existencia de los zahoríes, fundándose principalmente, para negarle asenso, en mi testimonio, pues despues de citarme, concluye así: «El testimonio de este benedictino, siendo, como es, español, es de un gran peso para asegurar la falsedad de esta opinion.»

(1) La patraña de los zahoríes, estando escrita como verdad en algunos de nuestros libros que se esparcen por Europa, no podía ménos de pasar á otros reinos. En efecto, pasó, y fué creída, no sólo del ignorante vulgo, mas áun de muchos filósofos. Luégo que el siglo pasado (dice el marqués de San Aubin, tomo III, libro IV, capítulo II) sonó que había en España unos hombres que veían lo que estaba debajo de tierra hasta veinte picas de profundidad, muchos filósofos no dejaron de hallar, á su parecer, razones para persuadir que podía esto suceder naturalmente. Refiere luégo que el *Mercurio frances* del año de 1728 daba noticia de una señora portuguesa, que llamaba Pedegascia: veía cuanto

Este parece fué el pensamiento de los antiguos cuando fingieron que Pluto, deidad infernal, fué el primer descubridor de las minas de oro y plata. A lo cual, si añadimos que Posidonio, citado por Paseracio, dice, que este dios infernal tiene constituido su domicilio en los lugares subterráneos de España, se encuentra una alusión ajustadísima al supuesto hecho de que sólo en España hay esta casta de hombres, que en virtud de influjo diabólico descubren las minas.

Pero valga la verdad. Primero se ha de probar el hecho de que hay verdaderos zahoríes, que se condenan por hechiceros los que se jactan de serlo. Pueden ser zahoríes, y pueden ser unos meros embusteros; y como, suponiendo que para lo primero sea necesario pacto diabólico, este es un delito mucho más grave que la pataña de fingirse zahoríes sin serlo, nos debemos inclinarnos á creer antes esto que aquello, por la regla del derecho que dicta, que en las materias dudosas se aplique siempre el juicio á la parte más benigna: *Semper in dubiis benigniora preferenda sunt.*

A esta razon de equidad natural se agrega la de la

experiencia. No tengo noticia de alguno que efectivamente haya descubierto tesoros; pero si de uno ú otro que estafaron á algunos simples codiciosos, esperanzándolos de que se los manifestarian, y dejándolos despues burlados.

Para engañar en esta materia á gente demasiado crédula, no es menester más artificio que el comun de cualquiera tunante: gesto eficaz y misterioso, ir dando á pausas la noticia, como que la arranca la fuerza del ruego; encargar mucho sigilo, etc. Pero cuando se trata con personas de alguna advertencia, contribuye á la persuasión hacer primero la experiencia de manifestar á donde hay cauces de agua ocultos, los cuales se conocen por algunas señas naturales, como por los vapores que se ven elevar del terreno ántes de salir el sol, la produccion espontánea de juncos, sauces y cañas. Tambien para conocer donde hay venas metálicas dan los naturalistas algunas señas, de las cuales, si son verdaderas, el que estuviere instruido podrá pasar por zahorí por mar y por tierra.

MILAGROS SUPUESTOS.

§ I.

Amargamente se queja el doctísimo y gloriosísimo mártir de Cristo Tomas Moro, en el prólogo al diálogo de Luciano, intitulado *El incrédulo*, que tradujo de griego en latin, del perjuicio que la fabulosa multiplicacion de milagros hace á la Iglesia. Justísimamente llora lo que el infiel malignamente rie. Los milagros verdaderos son la más fuerte comprobacion de la verdad de nuestra santa fe; pero los milagros fingidos sirven de pretexto á los infieles para no creer los verdaderos. Los que entre ellos son más sagaces tienen justificada la suposicion de algunos prodigios que corren entre nosotros; con esto hacen creer al pueblo rudo, que cuanto se dice de milagros en la Iglesia católica es embuste y falsedad. Así la obstinacion se aumenta, el error triunfa y la verdad padece.

En la ciudad de la Coruña no há muchos años corrieron en el pueblo, y aún se predicaron en el púlpito, dos milagros, de cuya falsedad, ademas de muchos de los nuestros, fué testigo ocular Guillelmo Salter, inglés, y cónsul entónces por su nacion en aquel puerto. El uno era la cura milagrosa de una pobre mujer, que no habia sido milagrosa, sino natural y muy fácil, y la habia costado en la forma regular, con médico y cirujano, el mismo Guillelmo Salter. La otra ficcion aún era más ruborosa para nosotros, porque para suponer el milagro se le imponia al Salter una fea falsedad en el trato, de que era su genio muy ajeno. Cónstame este hecho por la relacion de un religioso grave, docto y ejemplar, natural del mismo lugar de la Coruña. Guillelmo Salter volvió despues á Inglaterra. Considérese qué concepto

(1) De *Civit. Dei*, libro. xxii, capítulo viii.

ó con la incertidumbre en los ojos? Sin embargo, él lo hizo, ó por el afecto ciego que profesaba á aquel varon apostólico, ó por dejar su nombre en el mundo

§ III.

Pero el más comun origen de estas narraciones fabulosas es el vano aprecio que hacen los escritores de cualesquiera rumores vulgares. Defecto es este, que el ilustrísimo Cano, en el lugar citado, observó haber caído tal vez en sugetos, no sólo de santidad notoria, mas tambien de eminente doctrina; pero, así como es rarísimo en hombres de este tamaño, es frecuente en los de inferior estatura. Cree el docto lo que finge el vulgo, y despues el vulgo cree lo que el docto escribe: hacen las noticias viciadas en el cuerpo político una circulacion semejante á la que forman los humores viciosos en el cuerpo humano; pues como en este, á la cabeza, que es trono de la razon, se los subministra en vapores el vulgo inferior de los demas miembros, y despues á los demas miembros, para su daño, se los comunica condensados la cabeza; así en aquellas especies vagas, vapores de la ínfima plebe, ascienden á los doctos, que son la cabeza del cuerpo civil, y cuajándose allí en un escrito, bajan despues autorizadas al vulgo, donde este recibe como doctrina ajena el error que fué parto suyo.

Es el vulgo, hablando con propiedad, patria de las quimeras. No hay monstruo que en el caos confuso de sus ideas no halle semilla para nacer y alimento para durar. El sueño de un individuo fácilmente se hace delirio de toda una region. Sobre el eco de una voz mal entendida se fabrica en breve tiempo una historia portentosa. Halágale, no lo verdadero, sino lo admirable; y llegó tal vez su propension á creer prodigios á la extravagancia de atribuir milagros á los irracionales. Referiré á este intento una historia harto graciosa, que se halla en las Memorias de Trevoux (2).

Un señor francés, natural del condado de Auverna, en tiempo de Ludovico Pio, habia salido á caza, dejando en casa un infante, único hijo suyo, al cuidado de la ama que le daba leche y de otras dos ó tres mujeres. Estas, aprovechándose de la ausencia del amo, salieron á pasear, quedando el niño sin otra custodia que un valiente perro, llamado Ganelon, echado junto á la cuna. Ya se habian apartado de la casa buen trecho, cuando los terribles aullidos que oyeron dar á Ganelon las hicieron volver sollicitas por saber qué accidente irritaba la cólera del generoso bruto. Fué el caso, que una espantosa serpiente, saliendo de un lago que ceñia el edificio, á la ayuda de una anciana yedra que llegaba á los balcones, habia subido á la sala donde estaba el tierno infante; y acudiendo á su defensa Ganelon, la lid fué tan reñida como la de Juba y Petreyo, que quedaron ambos muertos en el combate. En efecto, las mujeres, cuando llegaron, hallaron tendidos sobre el pavimento, palpitando con las últimas agonias, mutuamente vencedores y vencidos, los dos brutos. Sabidor el dueño del suceso, y reconocido al servicio que el perro le habia hecho en guardarle su más preciosa

(2) Año 1714, tomo 1, artículo 24.

bien despues que cree. Pero entre los católicos es tan raro en esta materia el obstinado disenso, como frecuente la vana credulidad. Si fuesen verdaderos todos los milagros que corren en el vulgo, justamente pudiera ser notada de pródiga la Omnipotencia. Ni se queda esta extravagancia sólo en los vulgares; tambien se ha comunicado, por via de contagio, á los doctos. Fervorosamente declama el ilustrísimo y sapientísimo Melchor Cano (1) contra las muchas fábulas que se hallan en varios libros de vidas de santos. Suyo es aquel ardiente suspiro: *Dolentur hoc dico, potius quam contumeliosè, multo à Laercio severius vitas philosophorum scriptas, quam à christianis vitas sanctorum: longèque incorruptius et integrius Suetonium res Cæsarium exposuisset, quam exposuerunt catholici, non res dico imperatorum, sed martirum, virginum et confessorum.*

En todos tiempos hubo algo de este abuso en la Iglesia. En su mismo nacimiento se vieron las actas apócrifas de san Pablo y santa Tecla; y segun refiere Tertuliano, fué depuesto un presbítero de la Asia que confesó haberlas compuesto por el amor grande que profesaba al Apóstol. Ojalá hoy se aplicara la misma ó igual pena á cualquiera escritor que delinquiese con devocion tan desordenada. La precaucion que en el segundo y tercer siglo se tomó, de señalar notarios que escribiesen puras y sinceras las actas de los mártires, no bastó á evitar el abuso; pues en el quinto proscribió el papa Gelasio, en un concilio que juntó en Roma, de setenta obispos, muchas historias de santos por apócrifas.

§ II.

No es inconveniente pensar que algunas veces influyen en los que escriben las vidas de los héroes del cielo las pasiones mismas de que suelen moverse los que publican las gloriosas acciones de los ilustres del siglo. Ya un amor desordenado, producido por parcialidad nacional ú otro algun parentesco; ya el interes de hacer historia más bien leida, poniendo cebo á la curiosidad en lo prodigioso de la narracion; ya el deseo de sacar brillante el escrito con la reflexion de las falsas luces que se añaden al objeto.

No há muchos siglos que en cierta provincia de la cristiandad predicaba un venerable varon y de espíritu verdaderamente apostólico, pero de quien en vida no se decía cosa especial acerca de profecías y milagros. Luégo que murió aquel santo hombre, uno de los que habian asistido á sus misiones dió á la estampa su vida, llena de predicciones y prodigios, sin más exámen auténtico que el que bastó á satisfacer su piedad poco ordenada; y lo que es más, circunstanciados los sucesos con la designacion de lugares y personas. Cualquiera que en los siglos venideros leyere aquellas actas, considerando que el autor fué coetáneo de este hombre venerable, y que escribió dentro de la misma provincia, que fué teatro de su predicacion, no dudará darlas entero crédito. ¿Quién pensará que hubo audacia en un escritor para referir innumerables prodigios delante de millares de testigos, que podian darle ó con la falsedad

(1) Libro II, De *locis theologicis*, capítulo VI.